

Fernando González, Actualidad y Vivencia

Ernesto Ochoa Moreno

Filósofo - Teólogo y Periodista
columnista editorialista de *El Mundo*
y actualmente de *El Colombiano*
Premio Simón Bolívar a la mejor columna
de opinión 1988

Se cumple este año el centenario del nacimiento de Fernando González Ochoa, considerado el más original de los filósofos colombianos y uno de los más vitales, polémicos y controvertidos escritores de su época. Se enfrentó a la mentira colombiana y sus contemporáneos no le perdonaron la franqueza con que habló. Por eso fue excomulgado y olvidado. Y sin embargo, su verdad, que golpea y azota en sus libros, está aún tan viva que ha cobrado vigencia con el correr del tiempo.

A la vuelta de los años, su pensamiento y su estilo literario tienen una frescura de actualidad que hacen que su obra, ahora en proceso de reedición, tenga cada día más lectores, sobre todo entre la juventud. Porque el escritor envigadeño se adelantó a su tiempo, no sólo en la creación literaria, sino en el desnudamiento de las mentiras de nuestra sociedad y de nuestra cultura, que todavía persisten y requieren de nuevas confrontaciones ideológicas.

Con Fernando González ocurre el fenómeno de que siempre que se leen sus libros es como si se leyieran por primera vez. Volver a ellos no es un tributo a la nostalgia, sino el reencuentro con una voz siempre nueva, que golpea y orienta, que incita y que propugna un ideal, un camino, un viaje hacia la autenticidad. Viaje que lleva siempre hacia la propia soledad y desde allí, analizando la realidad, lanza hacia rumbos de vivencias hondas, metafísicas, espirituales y místicas que sorprenden en quien en su tiempo muchos anatematizaron y proscribieron como un escritor vitando.

Fue Fernando González un espíritu rebelde y pugnac, pero al mismo tiempo hondamente amador de la vida y de la realidad colombiana que fustigó. Logró forjar un pensamiento filosófico a partir de nuestra idiosincrasia, utilizando un lenguaje tan propio de nuestro pueblo que le valió ser calificado de mal hablado. Fue un "maestro de escuela" que escandalizó y al mismo tiempo abrió derroteros hacia la autenticidad. Lo condenaron por ateo y, sin embargo, fue un místico. Escribió en una



prosa limpia e innovadora, pero “para lectores lejanos”. Se proclamó maestro, pero, según sus mismas palabras, no buscaba crear discípulos, sino solitarios. Su obra es siempre nueva, fresca y conturbadora. Su vida fue un viaje de la rebeldía al éxtasis.

Otraparte en Envigado

El 16 de febrero de 1964, en su casa de Envigado (Antioquia), que él había bautizado “Otraparte”, un infarto tronchó la existencia de Fernando González. “No se dirá murió, sino lo recogió el Silencio”, había escrito. Atrás quedaban 69 años de lucha, un puñado de libros llenos de vibración y de verdad, un camino solitario hacia la Intimidad y una enseñanza de vida para ser descubierta por quien se acerque sin prejuicios a sus obras. (Ver recuadro biobibliográfico).

Había nacido en Envigado, “en una calle con un caño”, el 24 de abril de 1895. “Yo era blanco, paliducho, lombriciente, silencioso y solitario. Con frecuencia me quedaba por ahí parado en los rincones, suspenso, quieto. Fácilmente me airaba y me revolvía en el caño cada vez que peleaba con los de la casa”.

Nació para la rebeldía. “Mi madre me parió cabezón, pero infiel”. Lo expulsaron de primaria las Hermanas del Colegio de la Presentación de Envigado, porque después de un castigo les gritó: “Hermanas cagonas”. Lo echaron los jesuitas de quinto de bachillerato en 1909, porque leía a Nietzsche y se empecinó a negar ante el padre Quirós, profesor de filosofía, el primer principio: “Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo”.

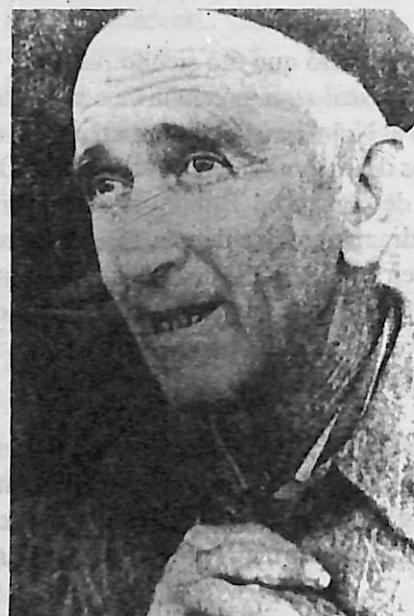
Ahí está ya planteado el camino de Fernando González. No era rebeldía, sino búsqueda de la verdad, de la autenticidad. Destruir la mentira para encontrar la verdad. Toda su obra tendrá una explicación a partir de esa actitud. Desde “Pensamientos de un viejo”, que publica a los 21 años y su tesis de grado “El Derecho a no obedecer”, título rechazado por el jurado y sustituido por uno bien simple: “Una tesis” (1919), hasta su última obra “La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la velera” (1962) y “Cartas a Ripol”, publicada en 1988, Fernando González fue eso: un maestro

de escuela que enseña autenticidad y para ello todo lo destruye, porque todo es mentira. Un viaje metafísico, un viaje místico.

La metáfora de la realidad

Para sus contemporáneos el escritor envigadeño era inaceptable. Hablaba de la realidad de cada día, de lo que estaba sucediendo, de los personajes que hicieron la historia y de los que mangoneaban la realidad de su tiempo con nombres propios y apellidos, en el lenguaje que todo el mundo usaba. Por lo demás, instauró una prosa directa y limpia de retórica y alambicamientos literarios. Por eso lo condenaron, desde el arzobispo de Medellín, que prohibió bajo pecado mortal la lectura de sus libros, hasta los políticos e intelectuales de su época. Se explica que cuando el filósofo francés, Jean Paul Sartre, lo propuso como candidato para el Premio Nobel de Literatura, la Academia Colombiana de la Lengua lo hubiera descalificado ante sus colegas suecos.

La realidad para él era una metáfora. No odiaba las personas, pero fustigaba a una persona con nombre propio cuando veía en ella el símbolo de una mentira que había que destruir. Y, cuando descubría en un personaje, histórico o de la cotidianidad, el emblema de una virtud o el señalamiento de un camino, lo ensalzaba hasta la exaltación. Porque fue un apasionado. Y sus pasiones desataron iras e incomprensiones. Pero lo dicho: era la pasión por proclamar la autenticidad.



Sin esta clave no es fácil entender sus libros. Su amor por Bolívar fue una proclama enardeceda de la autenticidad latinoamericana. Su diatriaba contra Santander una condena sin paliativos del leguleyismo y la falsedad de nuestra vida republicana. Su consigna de "antioqueñizar la Gran Colombia" un himno al vigor de un pueblo, y su sarcasmo frente a Santa Fe de Bogotá, un desnudamiento de los vicios del centralismo y los manejos del poder. Y así, todos los nombres de políticos y personajes que aparecen en sus libros: Juan Vicente Gómez, a quien llamó "Mi Compadre" (título de una obra suya sobre el dictador venezolano y quien fue padrino de bautismo de Simón González, el mago de San Andrés), Mussolini, que lo echó de Italia porque criticó el fascismo (ver su obra "El Hermafrodita Dormido) y los curas de Medellín, y sus negociantes gordos del Parque de Berrío de Medellín, y los gobernantes y los tinterillos, etc. etc. No se lo perdonaron nunca.

Detrás de la anécdota

Son muchas las anécdotas que se cuentan de Fernando González. La leyenda que cobija al rebelde, al anatematizado, ha creado al amparo de su irreverencia un cierto mito sobre su vida. Son graciosas muchas de ellas, aunque hay que trascenderlas hacia el meollo de su enseñanza. Y hay que entenderlas como risa sarcástica del crítico, del que se deleitaba en descubrir las mentiras de la sociedad.

Como aquel fallo que dió siendo juez, por el que entregó al Estado una herencia dejada por una señora rica al Niño Jesús de Praga, en espera de que los padres del menor vinieran a reclamarla. O como cuando, de cónsul en Bilbao, al ser interrogado sobre el dramático caso de una tribu de antropófagos que en Colombia se habían comido unos misioneros capuchinos, lamentó el mal gusto de nuestros indios de acudir a tan desagradables viandas para su dieta alimenticia.

Pero las anécdotas en Fernando González son sólo cenizas de una existencia vivida con ardor, "a la enemiga". Por eso escandalizó a sus contemporáneos, que le enrostraron su lenguaje donde las

palabras proscritas eran utilizadas con una finalidad inocultable de hablar claro y sin los rodeos y melindres de una cultura falsamente pudorosa y copiadora de mentalidades extranjeras.



Para lectores primerizos

Lo importante, para encontrarse con Fernando González, no es oír hablar de él, sino hundirse en la lectura de sus obras. Para quien se acerque desprevenidamente, esa lectura será un descubrimiento. Ahí, en sus libros, hay que abrevar para encontrar un mensaje de salvadora rebeldía, de autenticidad, de vitalidad, de emoción ante la vida, de búsqueda incansable de la verdad, de sinceramiento ante uno mismo, ante los demás, ante Dios. Porque Fernando González, del que siempre se ha presentado un estereotipo de irreligioso y ateo, de pensador asistemático y contradictorio, de iconoclasta empedernido, fue un místico que viajó a la Intimidad con fervor, que plasmó una filosofía con un hilo conductor desde el principio hasta el fin, un forjador de idearios para nuevas juventudes, más allá de su tiempo, más allá de él mismo. "Yo no creo discípulos, sino solitarios". Esa fue su labor de "maestro de escuela", en una Colombia que no lo comprendió pero ahora empieza a redescubrirlo. No sólo maestro, sino, a la vuelta de los años, compañero de este solitario viaje de la rebeldía al éxtasis en que, querámoslo o no, todos estamos embarcados.

Biobibliografía para principiantes

1895 El 24 de abril nace Fernando González en Envigado. Hijo de Daniel González y Pastora Ochoa.

1910 En cuarto año de bachillerato es expulsado del Colegio de los jesuitas.

1913 Termina su bachillerato en la Universidad de Antioquia.

1914 Ingresa a la facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia.

1915 En la revista de Los Panidas aparecen apartes de su libro "Pensamiento de un viejo", que había escrito en 1911.

1916 Publica "Pensamientos de un viejo", con prólogo de Fidel Cano y carátula de Ricardo Rendón.

1919 Se gradúa como abogado con la tesis "El derecho a no obedecer". El jurado exige cambiar el título por el de "Una tesis".

1921 Es nombrado Magistrado del Tribunal de Manizales.

1922 Se casa con Margarita Restrepo, hija del ex-presidente Carlos E. Restrepo.

1923 Nace su primer hijo, Alvaro.

1925 Nace su hijo Ramiro

1928 Nace su hija Pilar. Siendo Juez Segundo del Circuito, emprende con su secretario, Benjamín Correa, un viaje a pie por Antioquia, el Viejo Caldas y el Valle.

1929 Se publica en París su libro "Viaje a pie".

1930 Se publica en Manizales "Mi Simón Bolívar". Nace su hijo Fernando.

1931 Luego de una etapa como conferencista sobre el tema del Libertador, viaja a Venezuela. Nace su quinto hijo, Simón.

1932 Es nombrado cónsul de Génova (Italia). Es expulsado por Mussolini. Viaja a Marsella, donde enferma gravemente de peritonitis. Los nombran cónsul en esa ciudad francesa. En París aparece "Don Mirócletes".

1933 Se publica en el mes de septiembre "El hermafrodita dormido".

1934 Lo remueven del consulado de Marsella. En Barcelona publica "Mi compadre", sobre el dic-

tador Juan Vicente Gómez, padrino de bautismo de su hijo Simón. Regresa a Medellín en agosto y se instala en Villa Bucarest, en Envigado.

1935 Dos nuevos libros: "El remordimiento" y "Cartas a Estanisalo".

1936 Publica "Los Negroides", en el mes de mayo, y ese mismo mes aparece el primer número de la revista "Antioquia", que funda él íntegramente.

1937 Aparecen en varios diarios de Medellín 22 artículos titulados "Nociones de izquierdismo".

1940 Se publica "Santander", cuya edición intenta recoger el Gobierno.

1941 Aparece "El maestro de escuela", dedicado al escritor norteamericano Thornton Wilder.

1942 Es nombrado Asesor Jurídico de la Junta de Valorización de Medellín y escribe el libro "Estatuto de Valorización".

1946 Pública el último número de la revista Antioquia (No. 17) Publica en ese mismo año "Arengas Políticas". De estos años en su correspondencia con el jesuita Antonio Restrepo, que aparecerá como libro en 1983, con el título "Mis cartas de Fernando González".

1947 Muere su hijo Ramiro.

1953 Es nombrado Cónsul de Colombia en Rotterdam y luego de algunos meses desempeña el mismo cargo en Bilbao.

1954 Es nominado por Jean Paul Sartre y Thornton Wilder, entre otros, para el Premio Nobel de Literatura, pero la Academia Colombiana de la Lengua veta su nombre.

1957 Regresa a Colombia y se retira a su casa campestre La Huerta del Alemán, cuyo nombre cambia por el de Otraparte.

1959 Publica "El libro de los viajes o de las presencias".

1962 En marzo aparece su última obra "La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera".

1963 Año de intensa amistad con el benedictino Andrés Rípol, de la que quedan la "Cartas a Rípol", publicado en 1988, y "El Pesebre", publicado en 1993.

1964 El domingo 16 de febrero muere en Otraparte.

1979 Muere doña Margarita Restrepo, viuda de Fernando González.